

su lumbre acá y allá trae espazida.

Pues antes que tendida por el suelo veas la oscura sombra, y que cantando de encima deste aliso está el mochuelo,

Nuestro ganado vamos allegando, y todo junto allí lo lleuaremos, a do Diana nos está esperando.

SIRENO

Syluano mio, vn poco aquí esperemos, pues aun del todo el sol no es acabado y todo el día por nuestro le tenemos.

Tiempo hay para nosotros, y el ganado tiempo ay para lleualle al claro río, pues oy ha de dormir por este prado; y aquí cesse, pastor, el cantar mio.

En quanto los pastores cantauan, estaua la pastora Diana con el rostro sobre la mano, cuya manga cayendose un poco, descubria la blancura de un brazo, que a la de la nieue escurescía, tenía los ojos inclinados hacia el suelo, derramando por ellos vnas espaciadas lagrimas, las quales dauan a entender de su pena más de lo que ella quisiera dezir: y en acabando los pastores de cantar con vn suspiro, en compañía del qual parescía auersele salido el alma se leuantó, y sin despedirse dellos, se fue por el valle abaxo, entrançando sus dorados cabellos, cuyo tocado se le quedó preso en vn ramo al tiempo que se leuantó. Y si con la poca manzilla que Diana de los pastores auia tenido, ellos no templaran la mucha que della tuieron, no bastara el coraçon de ninguno de los dos a podello sufrir. Y ansi, unos con otros, se fueron a recoger sus ouejas, que desmandadas andauan, saltando por el verde prado.

Fin del sexto libro.

LIBRO SEPTIMO

DE LA DIANA DE GEORGE DE MONTEMAYOR

Despues que Felismena vuo puesto fin en las diferencias de la pastora Amarilida y el pastor Filemon, y lo dexó con proposito de jamas hazer el vno cosa de que

otro tuuiese ocasion que quejarse, despedida dellos, se fue por el valle abaxo por el qual anduuo muchos días, sin hallar nueva que algun contento le diessé, y como todauia lleuaua esperança en las palabras de la sábia Felicia, no dexaua de passalle por el pensamiento, que despues de tantos trabajos se auia de cansar la fortuna de perseguilla. Y estas ymaginaciones le sustentauan en la grauissima pena de su desseo. Pues yendo una mañana por en medio de vn bosque, al salir de vna assomada que por encima de vna alta sierra parescía, vio delante de si vn verde y amenissimo campo, de tanta grandeza, que con la vista no se le podia alcançar el cabo, el qual doze millas adelante, yua a fenescer en la falda de vnas montañas, que quasi no se parescian: por medio del deleytoso campo corria vn caudaloso río, el qual hazia vna muy graçiosa ribera, en muchas partes poblada de sa'zes, y verdes alisos, y otros diuersos arboles: y en otras dexaua descubiertas las cristalinas aguas recogiendo a vna parte vn grande y espaciado arenal que de lexos más adornaua la hermosa ribera. Las mieses que por todo el campo parescian sembradas, muy çerca estauan de dar el deseado fruto, y a esta causa con la fertilidad de la tierra estauan muy cresçidos, y meneados de un templado viento hazian vnos verdes, claros, y oscuros, cosa que a los ojos daua muy gran contento. De ancho tenía bien el deleytoso y apazible prado tres millas en partes, y en otras poco más, y en ninguna auia menos desto. Pues çaxando la hermosa pastora por su camino abaxo, vino a dar en vn bosque muy grande de verdes alisos, y azebuches assaz poblado, por enmedio muchas casas tan sumptuosamente labradas, que en gran admiracion le pusieron. Y de subito fue a dar con los ojos en vna muy hermosa çiudad, que desde lo alto de vna sierra que de frente estaua, con sus hermosos edificios, venia hasta tocar con el muro en el caudaloso río que por medio del campo passaua. Por encima del qual estaua la más sumptuosa y admirable puente, que en el vniuerso se podia hallar. Las casas y edificios de aquella çiudad insigne eran tan altos, y con tan gran artificio labrados, que parescía auer la industria humana mos-

trado su poder. Entre ellos auia muchas torres y piramides, que de altos se leuantauan a las nuues. Los templos eran muchos, y muy sumptuosos, las casas fuertes, los superbos muros, los brauos baluartes, dauan gran lustre a la grande y antigua poblacion, la qual desde allí se diuisaba toda. La pastora quedó admirada de ver lo que delante los ojos tenía, y de hallarse tan çerca del poblado, que era la cosa que con gran cuydado huya (1). Y con todo esso se assento vn poco a la sombra de vn oliuo, y mirando muy particularmente, lo que aueys oydo, viendo aquella populosa çiudad, le vino a la memoria la gran Soldina su patria y naturaleza, de adonde los amores de don Felis la trayan desterrada lo qual fue ocasion para no poder passar sin lagrimas, porque la memoria del bien perdido pocas vezes dexa de dar ocasion a ellas. Dexado pues la hermosa pastora aquel lugar, y la çiudad a mano derecha, se fue su passo a passo por vna senda que junto al río yua, hazia la parte, donde sus cristallinas aguas con vn manso y agradable ruydo, se yban a meter en el mar Oçeano. Y auiendo caminado seys millas por la graçiosa ribera adelante, vió dos pastoras, que al pie de vn roble a la orilla del río passauan la fiesta: las quales aunque en la hermosura tuuiesen vna razonable mediania, en la graçia y donayre auia vn extremo grandissimo: el color del rostro moreno, y graçioso: los cabellos no muy ruios, los ojos negros: gentil ayre y graçioso en el mirar: sobre las cabeças tenían sendas guirnaldas de verde yedra, por entre las hojas entretexidas muchas rosas y flores. La manera del vestido le parescía diferente del que hasta entonces auia visto. Pues leuantandose la vna con grande priessa a echar vna manada de ouejas, de vn linar adonde se auian entrado, y la otra llegado a dar a beuer a vn rebaño de cabras al claro río se boluieron a la sombra del vmbroso fresno. Felismena que entre vnos juncos muy altos se auia metido, tan çerca de las pastoras, que pudiesse oyr lo que entre ellas passaua, sintio que la lengua era Portuguesa, y entendio que el reyno en que estaua, era Lusitania, porque la una de las pastoras

dezia con graçia muy estremada en su misma lengua a la otra, tomandose de las manos: Ay Duarda, quan poca razon tienes de no querer a quien te quiere más que a si: cuánto mejor te estaria, no traer mal a vn pensamiento tan ocupado en tus cosas. Pesame que a tan hermosa pastora la falte piedad, para quien en tanta neçesidad está della. La otra, que algo más libre parescía, con çierto desden, y vn dar de mano (cosa muy natural de personas libres), respondia: ¿quieres que te diga, Armia? si yo me fiare otra uez de quien tan mal me pagó el amor que le tuue, no terná él la culpa del mal que a mi desseo me succediere. No me pongas delante los ojos seruicios que esse pastor algun tiempo me aya hecho, ni me digas ninguna razon de las que él se da para mouerme, porque ya passó el tiempo en que sus razones le ualian. Él me prometio de casarse conmigo, y se casó con otra. ¿Qué quiere aora? ¿o qué me pide esse enemigo de mi descano? ¿dize que pues su muger es finada, que me case con él? No querra Dios que yo a mí misma me haga tan gran engaño: dexalo estar, Armia, dexalo: que si él a mi me dessea tanto como dize, esse desseo me dara uengança dél. La otra le explicaua con palabras muy blandas, juntando su rostro con el de la essenta Duarda, con muy estrechos abrazos: ay pastora, y cómo te está bien todo quanto dizes; nunca desseé ser hombre, sino aora para quererte más que a mí. Mas dime, Duarda ¿porqué has tú de querer, que Danteo biua tan triste vida? El dize que la razon con que dél te quejas, essa misma tiene para su disculpa. Porque antes de que se casasse, estando contigo vn día junto al soto de Fremoselle te dixo: Duarda, mi padre quiere casarme, ¿qué te paresce que haga? y que tú respondiste muy sacudidamente: ¿Cómo, Danteo, tan vieja soy yo o tan grande poder tengo en ti, que me pidas parescer y liçencia para tus casamientos? Bien puedes hazer lo que tu voluntad y la de tu padre te obligare, porque lo mismo haré yo: y que esto fue dicho con vna manera tan estraña de lo que solía como si nunca te vuiera passado por el pensamiento quererle bien. Duarda le respondió: ¿Armia, eso le llamas tú disculpa? Si no

(1) M., de que con mayor cuidado andaua huyendo.
ORÍGENES DE LA NOVELA.—II.—26

te tuuiera tan conosciada, en este punto perdia tu discrecion grandissimo credito conmigo. ¿Qué auia yo de responder a vn pastor que publicaua que no auia cosa en el mundo, en quien sus ojos pussiese sino en mí?, quanto más, que no es Danteo tan ignorante que no entendiesse en el rostro y arte con que yo esso lo respondi, que no era aquello lo que yo quiesiera respondelle. ¡Qué donayre tan grande fue toparme el vn día antes que esso passasse junto a la fuente, y dezirme con muchas lagrimas: porqué, Duarda, eres tan ingrata a lo que te desseo, que no te quieres casar conmigo, a hurto de tus padres: pues sabes que el tiempo les ha de curar el enojo que desso recibieren? Yo entonces le respondi: contentate, Danteo, con que yo soy tuya, y jamas podré ser de otro, por cosa que me succeda. Y pues yo me contento con la palabra que de ser mi esposo me as dado, no quieras que a trueque de esperar un poco de tiempo más, haga vna cosa que tan mal nos está; y despedirse él de mi con estas palabras, y al otro día dezirme que su padre le queria casar, y que le diesse licencia: y no contento con esto, casarse dentro de tres días. Paresçe te pues, Armia, que es ésta algo sufficiente causa, para yo vsar de la libertad, que con tanto trabajo de mi pensamiento tengo ganada? Estas cosas (respondio la otra) fácilmente se dizen y se passan entre personas que se quieren bien, mas no se han de llevar por esto tan a cabo, como las lleuas. Las que se dizen (Armia) tienes razon, mas las que se hazen, ya tú lo vees, si llegan al alma de las que queremos bien. En fin, Danteo se casó, pesame mucho que se le lograsse poco tan hermosa pastora: y mucho más de ver que no ha vn mes que la enterró, y ya començan a dar bueltas sobre él pensamientos nuevos. Armia le respondia: Matóla Dios: porque en fin Danteo era tuyo, y no podria ser de otra. Pues si esso es ansi (respondio Duarda) que quien es de vna persona, no puede ser de otra, yo la hora de aora me hallo mia, y no puedo ser de Danteo. Y dexemos cosa tan escusada como gastar el tiempo en esto. Mejor será que se gaste en cantar vna cançion, y luego las dos en su misma len-

gua, con mucha graçia, començaron a cantar lo siguiente:

Os tempos se mudarao
a vida se acabará:
mas a fe sempre estara,
onde meus olhos estao.

Os dias, y os momentos,
as horas, con suas mudanças,
inmigas son esperanças,
y amigas de pensamentos:
os pensamentos estao.
a esperança acabará,
a fe, me nao deixará
por honrra do coração.

He causa de muytos danos
duuidosa, confiança
que a vida sen esperança
ja nao teme desenganos,
os tempos se vem e vao,
a vida se acabará,
mas a fe nao quererá
hazer me esta semrazao.

Acabada esta cançion, Felismena salio del lugar a donde estaua escondida y se llegó adonde las pastoras estauan, las quales espantadas de su graçia y hermosura, se llegaron a ella, y la recibieron con muy estrechos abraços, preguntandole de que tierra era y de adonde uenia. A lo qual la hermosa Felismena no sabía responder, mas antes con muchas lagrimas le preguntaua, qué tierra era aquella en que morauan. Porque de la suya la lengua daua testimonio ser de la prouinçia de Vandalia, y que por çierta desdicha uenia desterrada de su tierra. Las pastoras portuguesas con muchas lagrimas la consolauan, doliendose de su destierro, cosa muy natural de aquella naçion, y mucho más de los habitadores de aquella prouinçia. Y preguntandoles Felismena, qué çiudad era aquella que auia dexado hazia la parte donde el rio, con sus cristallinas aguas apressurando su camino, con gran impetu uenia, y que tambien deseaua saber, qué castillo era aquel que sobre aquel monte mayor que todos estaua edificado y otras cosas semejantes. Y una de aquellas, que Duarda se llamaua, le respondió, que la çiudad se llamaua Coymbra,

vna de las más insignes y principales de aquel reyno, y aun de toda la Europa, ansi por la tierra comarcana a ella, la qual aquel caudaloso rio, que Mondego tenía por nombre, con sus cristalinas aguas regaua. Y que todos aquellos campos que con gran impetu yua discurriendo, se llamauan el campo de Mondego, y el castillo que delante los ojos tenían, era la luz de nuestra España. Y que este nombre le conuenia más que el suyo proprio, pues en medio de la infidelidad del Mahometico Rey Marsilio, que tantos años le auia tenido çercado, se auia sustentado, de manera que siempre auia salido uençedor, y jamas uençido, y que el nombre que tenía en lengua Portuguesa era Montemor o uelho. adonde la uirtud, el ingenio, ualor, y esfuerzo, auian quedado por tropheo de las hazañas, que los habitadores dél, en aquel tiempo auian hecho; y que las damas que en él auia, y los caualleros que lo habitauan, floresçian oy en todas las uirtudes que ymaginar se podian. Y assi le conto la pastora otras muchas cosas de la fertilidad de la tierra, de la antiguedad de los edificios, de la riqueza de los moradores, de la hermosura y discrecion de las Nymphas y pastores, que por la comarca del inexpuntable castillo habitauan, cosas que a Felismena pusieron en gran admiracion, y rogandole las pastoras que comiesse (porque no deuia uenir con poca neçessidad dello) tuuo por bien de acceptallo. Y en quanto Felismena comia de lo que las pastoras le dieron, la uian derramar algunas lagrimas, de que ellas en estremo se dolian. Y queriendole pedir la causa, se lo estoruó la boz de un pastor, que muy dulçemente al son de un rabel cantaua, el qual fue luego conosciado de las dos pastoras, porque aquel era el pastor Danteo, por quien Armia terçiaua con la graçiosa Duarda. La qual con muchas lagrimas, dixo a Felismena: Hermosa pastora, aunque el manjar es de pastoras, la comida es de Princesa: qué mal pensaste tú, quando aquí uenias, que auias de coner con musica! Felismena entonces le respondió: No auria en el mundo (graçiosa pastora) musica más agradable para mi, que vuestra uista y conuersacion, y esto me daria a mí mayor ocasion para tenerme por Princesa, que no la musica que dezis.

Duarda respondió: Más auia de ualer que yo quien esso meresciesse, y más subido de quilate auia de ser su entendimiento para entendello, mas lo que fuere parte del desseo, hallarse ha en mí cumplidamente. Armia dixo contra Duarda: Ay Duarda, cómo eres dicreta, y quanto más lo serias si no fuesses cruel. ¿Hay cosa en el mundo como esta que por no oyr a aquel pastor que está cantando sus desuenturas, está metiendo palabras en medio, y ocupando en otra cosa el entendimiento? Felismena entendiendo quién podia ser el pastor en las palabras de Armia, las hizo estar atentas, y oylle, el qual cantaua al son de su instrumento esta cançion, en su misma lengua.

Sospiros, minha lembrança
nao quer, porque uos nao uades
que o mal que fazem saudades
se cure com esperança.

A esperança nao me ual,
polla causa en que se tem,
nem promete tanto bem,
quanto a saudade faz mal;
mas amor, desconfiança,
me deron tal qualidade,
que nem me mata saudade,
nem me da uida esperança.

Errarao se se queyxarem
os olhos con que eu olhey,
porque eu nao me queyxarey,
en quanto os seus me lembraren,
nem poderá auer mudança
jamas en minha uontade,
ora me mate saudade,
ora me deyxte esperança.

A la pastora Felismena supieron mejor las palabras del pastor, que el combite de las pastoras, por que más le pareçia que la cançion se auia hecho para quejarse de su mal, que para lamentar el ageno. Y dixo, quando le acabó de oyr. ¡Ay, pastor, que uerdaderamente paresçe que aprendiste en mis males, a quejarte de los tuyos! Desdichada de mí, que no ueo ni oyo cosa, que no ponga delante la razon que tengo, de no dessear la uida, mas no quiera Dios que yo la pierda, hasta que mis ojos vean la causa de sus ardientes lagrimas. Armia

dixo a Felismena: Paresceos (hermosa pastora) que aquellas palabras merescen ser oydas, y que el coraçon de adonde ellas salen se deve tener en más de lo que esta pastora lo tiene? No trates, Armia (dixo Duarda) de sus palabras, trata de sus obras, que por ellas se ha de juzgar el pensamiento del que las haze. Si tú te enamoras de cançiones, y te parescen bien sonetos hechos con cuydado de dezir buenas razones, desengañate que son la cosa de que yo menos gusto reçibo, y por la que menos me çertifico, del amor que se me tiene. Felismena dixo entonces fauoresçiendo la razon de Duarda: Mira, Armia, muchos males se escusarian, y muy grandes desdichas no uernian en efecto, si nosotras dexassemos de dar credito a palabras bien ordenadas, y razones compuestas de coraçones libres, porque en ninguna cosa ellos muestran tanto serlo, como en saber dezir por orden un mal, que quando es uerdadero, no ay cosa más fuera della. Desdichada de mí, que no supe yo aprouecharme deste consejo. A este tiempo, llegó el pastor Portugues, donde las pastoras estauan, y dixo contra Duarda, en su misma lengua: A pastora, se as lagrimas deste olhos, y as magoas deste coraçao, sao pouca parte para abrandar a dureza, com que sou tratado, nao quero de ti mays, senao que minha companhia por estos campos te nao o seja importuna, ne os tristes uersos que meu mal junto a esta hermosa ribeira me faz cantar, te den occasiao denfadamento. Passa, hermosa pastora, a sesta a sombra destes salguyeros, que ho teu pastor te leuará as cabras a o rio, y estará a o terreyro do sol, en quanto ellas nas cristallinas agoas se banharen. Pentea, hermosa pastora, os teus cabelos douro iunto a aquella clara fonte donde uen ho ribeyro que çerca este fremoso prado, que eu irey en tanto em tanto a repastar teu gado, y ter y conta com que as ouelhas nao o entren nas searas que ao longo desta ribeyra estao. Desejo que nao tomes trabalho en cousa nenhua, nen eu descanso em quanto em cousas tuas nao trabalhar. Si isto te paresçe pouco amor, dize tú en que te poderey mostrar ho bem que te quero: que nao ha amor final da pessoa dizer uerdade, en qualquer cousa que diz, que offreçerse

ha esperiençia dela. La pastora Duarda entonces respondio: Danteo, se he uerdade que ay amor no mundo, eu ho tiue contigo, e tan grande como tú sabes, jamays nenhum pastor de quantos apascentao seus gados pollos campos de Mondego, e beben as suas claras agoas, alcançou de mí nem hua so palabras conque tiuesses occasiao de quey-xarte de Duarda, nem do amor que te ella sempre mostrou, a ninguen tuas lagrimas, e ardentis sospiros mays magoarao que a mi, ho dia que te meus olhos nao uiam, jamays se leuantauan a cosa que lhes desse gosto. As uacas que tú guardauas erao mays que minhas, muytas mays uezes (reçeosa que as guardas deste deleytoso campo lhes nam impedissem ho pasto) me punha eu desde aquella outeyro, por uer se pareciao do que minhas ouelhas erao por mi apascentadas, nem postas em parte onde sem sobresalto pasçessen as eruas desta fermosa ribeyra: isto me danaua a mí tanto en mostrarme sojeyta, como a ti em haçerte comfiado. Bem sey que de minha sogeicao naçeu tua confiança y de tua confiança hazer o que fizeste. Tu te casaste con Andresa, cuja alma este en gloria, ¿qué cousa he esta, que algum tempo nao pidi a Deos, antes lhe pidi uingança dela, y de ti? eu passe y despoys de uosso casamento, o que tú e outros muytos saben, quis minha fortuna que a tua me nao desse pena. Deyxa me gozar de minha liberdade, y nao esperes que comigo poderas ganhar o que por culpa tua perdeste. Acabando la pastora la terrible respuesta que aueys oydo, y queriendo Felismena meterse en medio de la diferencia de los dos, oyeron a una parte del prado muy gran ruydo, y golpes como de caualleros que se combatian: y todos con muy gran priessa se fueron a la parte donde se oyan, por uer qué cosa fuesse. Y uieron en una isleta que el rio con una buelta hazia, tres caualleros que con uno solo se combatian: y aunque se defendia ualientemente, dando a entender su esfuerço y ualentia, con todo esso los tres le dauan tanto qué hazer, que la ponian en neçessidad de aprouecharse de toda su fuerça. La batalla se hazia a pie, y los caualleros estauan arrendados a unos pequeños arboles que alli auia. Y a este tiempo ya el cauallero solo tenía uno de los tres tendido en el

suelo, de un golpe de espada, con el qual le acabó la uida: pero los otros dos, que muy ualientes eran, le trayan ya tal, que no se esperaua otra cosa sino la muerte. La pastora Felismena, que uio aquel cauallero en tan gran peligro, y que si no le socorriese, no podria escapar con la uida, quiso poner la suya a riesgo de perdella, por hazer lo que en aquel caso era obligada, y poniendo una aguda saeta en su arco, dixo contra uno dellos: Teneos afuera, caualleros, que no es de personas que deste nombre se preçian, aprouecharse de sus enemigos con uentaja tan conosciada. Y apuntandole a la uista de la çelada, le acertó con tanta fuerça, que entrandole por los ojos passó de la otra parte, de manera que aquel uino muerto al suelo. Quando el cauallero solo uio muerto a uno de sus contrarios, arremetio al terçero con tanto esfuerço, como si entonces començara su batalla, pero Felismena le quitó de trabajo, poniendo otra flecha en su arco, con la qual, no parando en las armas, le entró por debaxo de la tetilla yzquierda, y le atraueso el coraçon de manera que el cauallero lleuó el camino de sus compañeros. Quando los pastores vieron lo que Felismena auia hecho, y el cauallero vio de dos tiros matar dos caualleros tan ualientes, ansi vnos como otros quedaron en extremo admirados. Pues quitandose el cauallero el yelmo, y llegandose a ella, le dixo: Hermosa pastora, con qué podre yo pagaros tan grande merçed, como la que de vos he recibido en este dia, si no en tener conosciada esta deuda para nunca jamas perdella del pensamiento? Quando Felismena vio el rostro del cauallero, y lo conosció, quedó tan fuera de si, que de turbada casi no le supo hablar: mas boluiendo en si, le respondio: Ay don Felis, que no es ésta la primera deuda en que tú me estás, y no puedo yo creer, que ternás della el conosciamiento que dizes, sino el que de otras muy mayores has tenido. Mira a qué tiempo me ha traydo mi fortuna y tu desamor, que quien solia en la çiudad ser seruida de ti con torneos y iustas, y otras cosas con que me engañauas (o con que yo me dexaua engañar) anda aora desterrada de su tierra y de su libertad, por auer tú querido vsar de la tuya. Si esto no te trae

a conosciamiento de lo que me deues, acuerdate que vn año te estuue siruiendo de page, en la corte de la prinçesa Çesarina: y aun de terçero contra mí misma, sin jamas descubrirte mi pensamiento, por solo dar remedio al mal que el tuyo te hazia sentir. O quantas vezes te alcançé los fauores de Çelia tu señora, a gran costa de mis lagrimas! Y no lo tengas en mucho, que quando estas no bastaran, la vida diera yo a trueque de remediar la mala que tus amores te dauan. Si no estás saneado de lo mucho que te he querido, mira las cosas que la fuerza del amor me ha hecho hazer. Yo me sali de mi tierra, yo te vine a seruir, y a dolerme del mal que suffrias, y a sufrir el agrauio que yo en esto reçibia: y a trueque de darte contento, no tenía en nada biuir la más triste vida que nadie uiuio. En trage de dama te he querido, como nunca nadie quiso, en habito de page te serui, en la cosa más contraria a mi descanso, que se puede ymaginar: y aun aora en trage de pastora vine a hazerte este pequeño seruiçio. Ya no me queda más que hazer, sino es sacrificar la vida a tu desamor, si te parece que deuo hacello, y que tú no te has de acordar de lo mucho que te he querido, y quiero: la espada tienes en la mano, no quieras que otro tome en mí la vengança de lo que te merezco. Quando el cauallero oyó las palabras de Felismena, y conosció todo lo que dixo, auer sido ansi: el coraçon se le cubrio, de ver las sin razones que con ella auia vsado: de manera, que esto y la mucha sangre que de las heridas se le yua, fueron causa de vn subito desmayo cayendo a los pies de la hermosa Felismena, como muerto. La qual con la mayor pena que ymaginarse puede, tomandole la cabeça en su regaço, con muchas lagrimas que sobre el rostro de su cauallero destilaua, començo a dezir: ¿qué es esto, fortuna? ¿es llegado el fin de mi vida, junto con la del mi don Felis? Ay don Felis, causa de todo mi mal, si no bastan las muchas lagrimas que por tu causa he derramado, y las que sobre tu rostro derramo, para que bueluas en ti: qué remedio terna esta desdichada, para que el gozo de uerte no se le buelua en ocasion de desesperarse? Ay mi don Felis, despierta si es sueño el que

tienes, aunque no me espantaria si no lo hizieses, pues jamas cosas mias te le hizieron perder. Y en estas y otras lamentaciones estaua la hermosa Felismena, y las otras pastoras Portuguesas le ayudauan quando por las piedras que pasauan a la isla, vieron uenir una hermosa Nimpha, con un uaso de oro, y otro de plata en las manos, la qual luego de Felismena fue conosciada, y le dixo: Ay Dorida, quién auia de ser, la que a tal tiempo socorriesse a esta desdichada, sino tú? Llegate acá, hermosa Nimpha, y uerás puesta la causa de todos mis trabajos en el mayor que es posible tenerse. Dorida entonces le respondió: Para estos tiempos es el animo, y no te fatigues, hermosa Felismena, que el fin de tus trabajos es llegado, y el principio de tu contentamiento; y diziendo esto, le echó sobre el rostro una odorifera agua, que en el uaso de plata traya, la qual le hizo boluer en todo su acuerdo, y le dixo: Cauallero, si quereys cobrar la vida, y dala a quien tan mala, a causa vuestra, la ha passado, beued el agua deste uaso. Y tomando don Felis el uaso de oro entre las manos, beuio gran parte del agua que en él venía. Y como uuo un poco reposado con ella, se sintio tan sano de las heridas que los tres caualleros le auian hecho, y de la que amor, a causa de la señora Çelia, le auia dado, que no sentia más la pena que cada uno dellas le podian causar que si nunca las uuiera tenido. Y de tal manera se boluio a renouar el amor de Felismena, que en ningun tiempo le paresçio auer estado tan biuo como entonces: y sentandose ençima de la verde yerua, tomó las manos a su pastora, y besandose las muchas uezes, dezia: Ay, Felismena, quán poco haria yo en dar la uida, a trueque de lo que te deuo: que pues por ti la tengo, muy poco hago en darte lo que es tuyo. Con qué ojos podra mirar tu hermosura, el que faltandole el conosciamiento, de lo que te deuia, osó ponellos en otra parte? Qué palabras bastarian para disculparme, de lo que contra ti he cometido? Desdichado de mí, si tu condiçion no es en mi fauor, porque ni bastara satisfacion, para tan gran yerro, ni razon, para disculparme de la grande que tienes de olvidarme? Verdad es, que yo quise bien a

Çelia y te olvidé: mas no de manera, que de la memoria se me passasse tu valor y hermosura. Y lo bueno es, que no sé a quién ponga á parte de la culpa que se me puede attribuyr, porque si quiero ponella a la poca edad que entonces tenía, pues la tuue para quererte, no me auia de faltar para estar firme en la fe que te deuia. Si a la hermosura de Çelia, muy clara está la ventaja que a ella, y a todas las del mundo tienes. Si a la mudança de los tiempos, esse auia de ser el toque donde mi firmeza auia de mostrar su valor. Si a la traydora de ausençia, tan poco paresçe bastante disculpa, pues el desseo de verte, auia estado ausente de sustentar tu imagen en mi memoria. Mira, Felismena, quán confiado estoy en tu bondad y clemencia, que sin miedo te oso poner delante las causas que tienes de no perdonarme. Mas qué haré para que me perdones, o para que después de perdonado, crea que estás satisfecha? Vna cosa me duele más que quantas en el mundo me pueden dar pena, y es, ver que puesto caso que el amor que me has tenido, y tienes, te haga perdonar tantos yerros, ninguna vez alçaré los ojos a mirarte que no me lleguen al alma los agrauios que de mí has reçibido. La pastora Felismena que uio a don Felis tan arrepentido, y tan buuelto a su primero pensamiento, con muchas lagrimas le dezia, que ella le perdonaua, pues no suffria menos el amor que siempre le auia tenido: y que ansi pensara no perdonalle, no se uuiera por su causa puesto a tantos trabajos, y otras cosas muchas con que don Felis quedó confirmado en el primer amor. La hermosa Nimpha Dorida, se llegó al cauallero, y despues de auer passado entre los dos muchas palabras y grandes offresçimientos de parte de la sábia Felicia, le suplicó, que él, y la hermosa Felismena se fuessen con ella al templo de la Diana, donde los quedaua esperando con grandissimo desseo de verlos. Don Felis lo conçedio: y despedido de las pastoras Portuguesas (que en extremo estauan espantadas de lo que auian visto) y del affligido pastor Danteo, tomando los caualleros de los caualleros muertos, las quales sobre tomar a Danteo el suyo, le auian puesto en tanto aprieto, se fueron por su camino adelante,

contando Felismena a don Felis con muy gran contento lo que auia passado, despues que no le auia visto, de lo qual él se espantó extrañamente, y espeçialmente de la muerte de los tres saluages, y de la casa de la sábia Felicia y suçesso de los pastores y pastoras, y todo lo más que en este libro se ha contado. Y no poco espanto lleuaua don Felis, en ver que su señora Felismena le uuiesse seruido tantos dias de page, y que de puro diuertido en el entendimiento, no la auia conosciado, y por otra parte, era tanta su alegria, de verse de su señora bien amado, que no podia encubrirlo. Pues caminando por sus jornadas, llegaron al templo de Diana, donde la

sábia Felicia los esperaua, y ansi mismo los pastores Arsileo, y Belisa, y Syluano, y Seluagia, que pocos dias auia que eran alli venidos. Fueron reçebidos con muy gran contento de todos, espeçialmente la hermosa Felismena, que por su bondad, y hermosura de todos era tenuta en gran possession. Alli fueron todos desposados con las que bien querian, con gran regocijo, y fiesta de todas las Nymphas, y de la sábia Felicia, a la qual no ayudó poco Sireno en su uenida, aunque della se le siguió lo que en la segunda parte deste libro se contará, juntamente con el suçesso del pastor, y pastora Portuguesa, Danteo y Duarda.